

Tonalá. ¿Ámbitos vacíos o espacios vividos?

Patricia Arias
Universidad de Guadalajara

Eran tierras que tenían pocas áreas de cultivo, la mayor parte estaba en cerro, era terreno pedregoso...!

Introducción

Cuando se habla de los nuevos desarrollos residenciales que han surgido en espacios periurbanos no falta quien señale que en esos espacios “no había nada”, que eran lugares sin historia, de tal manera que su ocupación reciente no ha trastocado vidas, sociedades, espacialidades. Así, se acepta que los espacios periurbanos han emergido a partir de la lógica y dinámica que les ha impuesto la acelerada expansión metropolitana cuyas oleadas de poblamiento se expanden atravesando límites, brincando jurisdicciones municipales.

Esa ocupación cada vez más amplia, diversa, en muchos casos descontrolada y caótica de espacios en torno de las grandes ciudades, asociada a la creación de nuevas formas de vida social, ha entrado en la agenda del análisis social de los últimos años. Hasta la fecha, el tema ha seguido dos vías de análisis: por una parte, los estudios, a cargo de geógrafos sobre todo, que se centran en los procesos e impactos espaciales de la metropolización y, por otra, los análisis sociológicos y antropológicos que buscan conocer y explicar las formaciones sociales que han emergido en los espacios periurbanos.

1. Entrevista con un propietario en lo que más tarde fue Loma Dorada, realizada por Beatriz Núñez en Tonalá, Jalisco, 2003.

2. Ma. Soledad Cruz Rodríguez, *Propiedad, poblamiento y periferia rural en la zona metropolitana de la ciudad de México*. México: UAM-A-Red Nacional de Investigación Urbana, 2001.

3. *Ibid.*, p. 334.

4. Cfr. Luis Felipe Cabrales Barajas, "Proceso de metropolización y segregación social tonalteca", Beatriz Núñez Miranda (coord.), *Tonalá. Una aproximación a su estudio*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 2000, pp.65-89. Javier Rentería Vargas, "La fiscalidad en el uso del suelo en Tonalá", *Estudios Jaliscienses*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 32, mayo de 1998, pp.35-51 y "De la metropolización a la desigualdad socioespacial: el caso de Tonalá, un municipio conurbado", Núñez, *op. cit.*, pp. 91-127.

5. Cfr. Cabrales, *op. cit.*

Autores como Soledad Cruz² han buscado conocer, documentar y relacionar la urbanización y los procesos de cambio de propiedad y uso de la tierra en la Zona Metropolitana de la ciudad de México (ZMCM). La autora muestra cómo la expansión urbana se ha dado sobre tierras ejidales, pero también, sobre todo en los últimos años, en tierras de propiedad privada. Cruz ha identificado muy bien los mecanismos a través de los cuales se ha dado la urbanización ejidal en la ZMCM: la expropiación, la permuta, la creación de zonas urbanas ejidales, la venta ilegal por parte de los ejidatarios y las autoridades ejidales.

La autora ha documentado cómo, a pesar de la promulgación de la Ley Agraria de 1992 —que desreguló las propiedades ejidal y comunal y las volvió susceptibles de venta y nuevos usos—, ésta no desembocó en una venta generalizada de tierras ejidales ni en una desaparición de las actividades agropecuarias en la periferia rural. Esto en la ciudad de México, al menos. De ese modo, para Cruz la expansión metropolitana no "supone un patrón único de la urbanización periférica en los ejidos".³ Eso podría indicar la posibilidad de que para algunos propietarios de tierra, ejidal y privada, esos espacios tenían valor y sentido de tal manera que han tratado de enfrentar los impulsos de la expansión metropolitana con decisiones selectivas acerca de sus propiedades. Pero de esta posibilidad que insinúa el trabajo de Cruz sabemos en realidad muy poco.

La aparición de nuevos mercados de suelo urbano se ha convertido en otra línea de análisis que ha procurado conocer y explicar los procesos, mecanismos y actores que han participado en la producción de suelo urbano en la periferia de las grandes ciudades.⁴ En el caso de Jalisco se ha encontrado que la producción de nuevo suelo urbanizable arrastra y reproduce en el espacio metropolitano las desigualdades socioespaciales acuñadas y vividas en el imaginario y las prácticas de la ciudad de Guadalajara.⁵

Otros autores han buscado entender y analizar lo que sucede después; es decir, las nuevas formas espaciales –las coronas regionales, las llaman– a que ha dado lugar el proceso de metropolización, fenómeno que conlleva desafíos inéditos para entender y actuar sobre el territorio así conformado y las necesidades de sus habitantes.⁶

Los análisis sociológicos se han orientado al estudio de las comunidades y socialidades que han comenzado a emerger y consolidarse en esos espacios que no hace mucho fueron ejidos, tierras de comunidad o suelo privado que hoy por hoy se han convertido en grandes núcleos de población. En el Valle de Chalco, Alicia Lindón ha estudiado la vida, los quehaceres, la cotidianidad de los colonos vallechalquenses recientes, es decir, de los que llegaron a poblar y redefinir ese enorme espacio ligado a la carretera México-Puebla. En ese caso, dice la autora, “la escasa población rural que se hallaba en la zona quedó rodeada por la ocupación urbana”.⁷

Una vertiente muy relacionada con la anterior es la que ha analizado los grandes conjuntos habitacionales que han surgido en los espacios metropolitanos. Martha Schteingart y Boris Graizbord fueron pioneros al proponer la necesidad de estudiar la vivienda y las nuevas formas de vida urbana en los conjuntos habitacionales de la ciudad de México pero también fuera de ella; es decir, en municipios conurbados del Estado de México.⁸ Dados los intereses de ese tipo de estudios se sabe poco acerca de lo que existía en esos espacios antes de la llegada de los conjuntos habitacionales.

Los antropólogos, aunque de manera más bien indirecta, han llamado la atención sobre un fenómeno poco considerado en los estudios de la expansión metropolitana: las formas de existencia y sobre todo de resistencia de poblaciones locales en los espacios que de repente se vuelven apetecibles para los que buscan suelo para la población que es desplazada de la ciudad. Varios estudios sobre identidad se han

6. Javier Delgado, Adriana Larralde y Carlos Anzaldo. “La corona regional de la ciudad de México. Primer anillo exterior en formación”. Javier Delgado y Blanca Ramírez (coords.). *Transiciones. La nueva formación territorial de la ciudad de México*. México: UAM-Plaza y Valdés, 1999. pp. 171-194.

7. Alicia Lindón Villoria. *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos*. El valle de Chalco. México: El Colegio de México-El Colegio Mexiquense, 1999. p. 91.

8. Martha Schteingart y Boris Graizbord (coords.). *Vivienda y vida urbana en la ciudad de México*. México: El Colegio de México, 1998.

9. María Ana Portal Ariosa. *Ciudadanos desde el pueblo*. México: UAM-I-CONACULTA, 1997.

desarrollado en comunidades –a veces dentro, a veces en las orillas de las ciudades, en especial en la ciudad de México– que han sentido y resentido la llegada de nuevos pobladores. Esos estudios muestran que la expansión metropolitana se ha dado, en muchos casos, en espacios “con historia”, es decir, en pueblos, incluso muy antiguos, donde existían relaciones sociales, prácticas económicas, representaciones religiosas muy arraigadas y complejas que los vecinos asediados por la gran ciudad han procurado mantener o resignificar de diferentes maneras.⁹

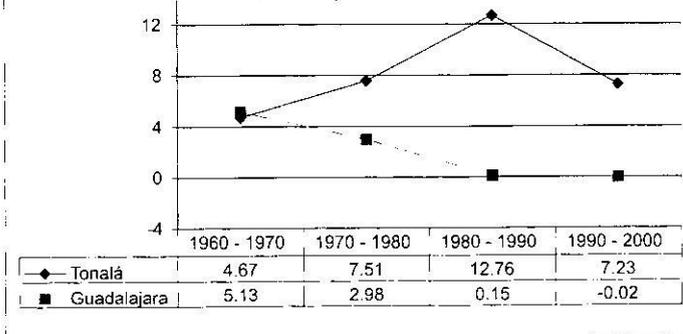
Así las cosas, puede decirse que los estudios acerca de los procesos de metropolización han abierto, y mantienen vigentes, diversas y sugerentes vías de análisis. Con todo, se puede decir que en general se advierte una mirada muy homogénea hacia los municipios que pasan a formar parte de dinámicas metropolitanas o, si se quiere, éstos son concebidos como espacios sin grandes diferencias internas y una sola lógica de articulación con el proceso metropolitano. En este sentido, el ejemplo de Tonalá, vecino irremediable de la ciudad de Guadalajara, puede ayudar a mostrar que los procesos de articulación entre la ciudad y un municipio pueden ser complejos, variados y, sobre todo, con significados cambiantes y distintos a lo largo del tiempo. En concreto, puede resultar iluminador para responder dos interrogantes: ¿Cuáles eran las lógicas de ordenamiento espacial tradicional? ¿Efectivamente se redefine y reorienta el espacio y el poblamiento intramunicipales cuando el municipio se incorpora a un proceso de metropolización acelerado?

La información para este trabajo proviene de dos tipos de fuentes. En primer lugar, de la recopilación y análisis de datos censales convertidos en mapas y gráficas. En segundo lugar, de entrevistas realizadas en la cabecera municipal de Tonalá y en el pueblo de San Gaspar, y de los datos generados en encuestas y entrevistas cerradas a jefes de hogar de San Gaspar y de las nueve colonias que hoy forman parte de esa comunidad.

Tonalá hoy

Como es sabido, el municipio de Tonalá colinda con los municipios de Guadalajara, Tlaquepaque, El Salto, Juanacatlán y Zapotlanejo y abarca una superficie de 119.58 km². Hasta el periodo intercensal 1960-1970 las tasas de crecimiento de los municipios de Guadalajara y Tonalá eran similares (gráfica 1). Pero a partir de 1970 ambas se dispararon en sentidos opuestos: el municipio de Tonalá comenzó a crecer de manera acelerada hasta alcanzar lo que parece haber sido su tasa más elevada en el periodo 1980-1990: 12.76. De hecho, la tasa de crecimiento de Tonalá fue la más elevada del estado en ese periodo. De esa manera, no es de extrañar que desde 1990 Tonalá se haya convertido en el cuarto municipio más poblado de la entidad.¹⁰ Entre 1990 y 2000 prácticamente se duplicó la densidad de población: de 1 409.6 a 2 819.4 habitantes por km². Heriberto Cruz y coautores han calculado que en 1971 el poblamiento ocupaba 192 hectáreas y que poco más de veinte años más tarde, en 1993, abarcaba cerca de dos mil.¹¹

Gráfica 1 "Tonalá y Guadalajara. Tasas de crecimiento intercensal, 1960 - 2000"



FUENTE: Elaboración propia con base en datos censales.

Las razones de ese crecimiento son bien conocidas. La carencia de espacio urbanizable en la

10. Patricia Arias, "De villa alfarera a ciudad dividida". Núñez, *op. cit.*, pp. 13-41.

11. Heriberto Cruz Solís, María de los Angeles Díaz Muñoz y María del Pilar Palomar Anguas, "La acelerada transformación del paisaje urbano de Tonalá". *Geocalli*. Cuadernos de Geografía. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, año 1, núm. 2, 2000, pp.15-65.

12. Cfr. Cabrales, *op. cit.*; Beatriz Núñez Miranda. "Hábitat y vida cotidiana en la Zona Metropolitana de Guadalajara. El caso de Loma Dorada". Guadalajara, CIESAS-Universidad de Guadalajara, 2003. (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales); y Rentería. "De la metropolización...".

13. *Loc. cit.*

14. Núñez. "Hábitat..."

15. *Idem.*

16. Marcos Arana Cervantes. *Por donde el sol sale*, 3ª ed. Guadalajara: Imprejal, 1997.

17. Cfr. Cabrales, *op. cit.*, y Núñez. "Hábitat..."

urbe tapatía —por agotamiento o encarecimiento— catapultó la búsqueda de suelo en diferentes municipios alrededor de Guadalajara con el fin de albergar a la población urbana que requería de lugares donde vivir.¹² Pero, como bien ha señalado Cabrales Barajas para el caso de la Zona Metropolitana de Guadalajara,¹³ la necesidad de nuevo suelo urbano para los habitantes de la gran ciudad, combinado con una vieja historia de segregación urbana y la crisis económica de 1980, definieron al municipio de Tonalá como un espacio residencial para sectores populares.

Esa orientación del espacio tonalteca se nutrió de otro ingrediente: la existencia de tierra privada, pero sobre todo de propiedad social que desde fines de la década de 1970 comenzó a venderse en grandes cantidades, a bajo precio y sin mayores reglas ni controles.¹⁴

Autores y vecinos coinciden en datar y asociar el inicio de grandes cambios, el fin de la vida pueblerina y el inicio de la complejidad urbana en Tonalá, a la puesta en marcha del proyecto de un gran desarrollo habitacional, concebido como una ciudad nueva que fue promovida y vendida como Loma Dorada, dirigido a las clases media y alta, situado a medio camino entre la cabecera municipal de Tonalá y la frontera con el municipio de Guadalajara.¹⁵ El fraccionamiento Ciudad Loma Dorada, con 2 millones 437 mil m², fue aprobado por el Ayuntamiento de Tonalá el 1º de agosto de 1978.¹⁶ La crisis de la década de 1980 obligó a los promotores a reducir sus expectativas y a diseñar estrategias que terminaron reiterando el carácter popular de la urbanización tonalteca.¹⁷

El ejemplo de Loma Dorada, aunque emblemático, formó parte de una oleada imparable de oferta de suelo que se desató en el espacio fronterizo entre Tonalá y Guadalajara. De manera involuntaria quizá, el libro de Marcos Arana Cervantes da cuenta de la manera en que las comunidades agrarias y los particulares empezaron a vender terrenos y a transformar sus propiedades en suelo urbano. Desde

1979 se empezó a formar, en la frontera sur entre Tonalá y Guadalajara, lo que más tarde fue la colonia Lomas del Camichín. Desde esos años hubo también movimientos de compra-venta de tierras en el ejido de Zalatlán, en la frontera norte de ambos municipios, que desde 1983 pasó a llamarse Colonia Jalisco.¹⁸

En la actualidad, y pese a sus altibajos, Loma Dorada se ha convertido en un conjunto habitacional densamente poblado. En el año 2000 vivían 37 036 personas, lo que representaba el 11% de la población municipal. La población de Lomas del Camichín, en ese mismo año, era de 43 412 habitantes, lo que representaba el 12.9% de la población municipal. En la Colonia Jalisco vivían 45 428 personas, es decir, el 13.5% de la población del municipio. De esa manera, en esos tres asentamientos que surgieron en los últimos 25 años y se localizan en la frontera con el municipio de Guadalajara, vivía, en 2000, más de una tercera parte de la población municipal: 37.4%. La Colonia Jalisco, con su 13.5% de la población municipal, estaba a menos de un punto porcentual de lo que representaba la población de la cabecera municipal: 14.2% (cuadro 1).

18. Arana, *op. cit.*

Cuadro 1 "Evolución demográfica de localidades de Tonalá. 1990 - 2000"

Localidad	1990		2000		TCMA* 1990 - 2000
	Población	Participación en relación en el municipio (%)	Población	Participación en relación en el municipio (%)	
Arroyo de Enmedio	595	0.4	5249	1.6	24.5
Alamedas de Zalatlán	1900	1.1	11914	3.5	20.3
Basilio Vadillo	1978	1.2	9538	2.8	17.2
Lomas del Camichín	9065	5.4	43412	12.9	17.1
El Rosario	7095	4.2	20696	6.1	11.4
Coyula	1857	1.1	5139	1.5	10.8
San Gaspar	3502	2.1	9261	2.7	10.3
Santa Paula (La Ladrillera)	7730	4.6	17743	5.3	8.7
Santa Cruz de las Huertas	10062	6.0	22999	6.8	8.6
Loma Dorada	19845	11.8	37036	11.0	6.5
La Punta	731	0.4	1194	0.4	5.1
Colonia Jalisco	31086	18.4	45428	13.5	3.9
Zalatlán	24168	14.3	34830	10.3	3.8
Tonalá	34759	20.6	47762	14.2	3.3
Ciudad Aztlán			9390	2.8	
Resto de localidades	14182	8.4	15538	4.6	1.0
TONALÁ	168555	100	337149	100	7.2

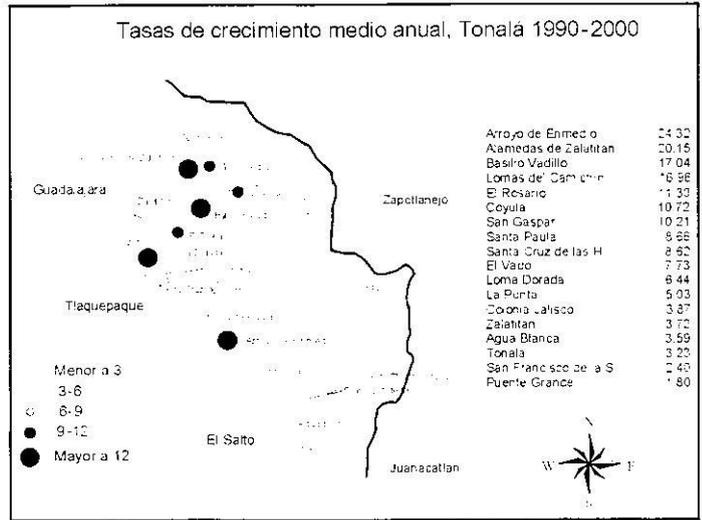
NOTA: Para considerar a cada localidad por separado, se tomaron los datos por AGEB (debido a que los censos de 1990 y 2000 consideran a las localidades próximas a la ZMG como una sola).

* Tasa de Crecimiento Medio Anual.

FUENTE: Elaboración propia con base en datos censales.

De hecho, la tasa de crecimiento de la cabecera municipal de Tonalá ha sido mucho menor (3.2) si se

compara con las de las localidades ubicadas en el eje norte-sur del municipio (mapa 1).



Esa concentración, reciente e intensa, de población en la frontera oeste del municipio, la más próxima a Guadalajara: ¿supone un reacomodo del poblamiento intramunicipal en Tonalá?, ¿o es la continuidad de un viejo patrón de poblamiento?

Tonalá y Guadalajara ayer

Como se puede verificar en los trabajos compilados por Jaime Olveda,¹⁹ el espacio tonalteca incluyó, desde tiempos muy remotos, a cuatro pueblos: Tonalá, que fue siempre cabecera, Coyula, San Gaspar y Zalatlán, asentamiento que incluía al barrio de El Rosario. Todas esas poblaciones se ubicaban de norte a sur en la franja noroeste del municipio, la más cercana a Guadalajara pero también la más próxima a la barranca de Oblatos y al río Santiago. Esa localización no era casual; puede decirse que durante mucho tiempo fue en verdad estratégica.

En todos los casos se trataba de asentamientos indígenas que disponían de tierra en sus fundos legales, pero sobre todo de agua abundante proveniente de

19. Jaime Olveda (comp.). *Tonalá, Historia y alfarería*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco-Ayuntamiento de Tonalá, 1999.

arroyos, manantiales y ojos de agua. Al parecer, esas comunidades aprendieron a conocer, desde antaño, los hábitos y las necesidades de los habitantes de la ciudad y se especializaron en el abasto urbano de legumbres, hortalizas y flores que cultivaban en sus huertas. Se trataba de productos de ciclo corto de los cuales, gracias a la abundancia de agua, podían obtenerse varias cosechas al año.

En algunos lugares, como Coyula, había además variedad de frutales. En esos pueblos se produjo, siempre, abundante y buena cebolla para el consumo de la ciudad. Había también otros tipo de especializaciones muy bien reconocidas y solicitadas: en el pueblo de Tonalá, pero también en el barrio de Santa Cruz, se producía loza para todo tipo de fines, incluso industriales y de servicios en Guadalajara, actividad que había dinamizado el comercio y la arriería de artefactos de barro; jaulas y chiquihuites que servían para el traslado de piezas de loza, legumbres, hortalizas y flores.²⁰

Puede decirse, entonces, que desde tiempos remotos el poblamiento tonalteca estuvo influido de manera directa por la cercanía con Guadalajara, ciudad a la que los productores de los diversos pueblos acudían con regularidad y frecuencia para vender sus frutos y artículos variados y especializados. Así las cosas, la frontera entre Tonalá y Guadalajara llegó a estar formada por un collar de pequeñas poblaciones que jugaban un papel importante, algo como Xochimilco en la ciudad de México toda proporción guardada, para el abasto cotidiano de legumbres, flores y frutas de la ciudad.

O, dicho de otro modo, Tonalá era un espacio social y productivo que se había orientado y articulado con Guadalajara a través de las especializaciones productivas de sus pueblos, pero que no dependía de la ciudad como mercado laboral ni para el abasto de insumos para trabajar, producir, comerciar. A fines del siglo XIX, de acuerdo con De Anesagasti,²¹ aún persistían esas especializaciones y articulaciones de los

20. *Idem.*

21. Jaime de Anesagasti y Llamas. *Brevísimas notas de la historia antigua y moderna de Tonalá*. Guadalajara: Casa Editorial Jaime. 1938, y *Tonalá ayer y hoy 1892*. Guadalajara: Talleres Tipográficos Mercantil, 1941.

pueblos tonaltecas con Guadalajara. Sin embargo, en el transcurso del siglo xx varias de esas especializaciones desaparecieron, sobre todo algunos productos alfareros y de cestería que fueron sustituidos, de manera quizá lenta pero también inexorable, por productos industriales.

San Gaspar, hoy

Con todo, todavía a principios del siglo xxi había gente que seguía produciendo hortalizas: calabaza, cebolla, jícama, lechuga, rábano, así como “hierbas” (cilantro, perejil) y flores (bube, cempasúchitl, clavel, cordón de obispo, esther, leticia, margaritón, mercadera (medicinal), nube, pincel, rosa) que se venden casi exclusivamente y sobre todo los domingos en el mercado “Felipe Ángeles” de Guadalajara. Hay huertas que sólo siembran hortalizas o flores, otras que combinan y hay las que se dedican exclusivamente a las “hierbas”. Los hortelanos de San Gaspar eran sin duda expertos en seleccionar, año tras año, sus propias semillas, aunque en la actualidad algunos las compran. Hasta la fecha, persiste en la memoria colectiva un calendario hortícola y de cultivo de flores definido y pautado por las necesidades, hábitos, gustos gastronómicos y rituales de la ciudad.

Pero esto seguramente no va a durar mucho tiempo más. La razón es simple: cada día hay menos huertas en producción, en San Gaspar al menos. Desde la década de 1990 se constata el abandono gradual pero imparable de la actividad hortícola en el pueblo y la conversión de sus huertas y parcelas en suelo urbanizable.

Desde el punto de vista de la gente de San Gaspar los motivos para vender las parcelas han sido varios. En primer lugar, la fragmentación de la propiedad. Las huertas llegaron a sus actuales dueños por vía de herencia de tal manera que, para la década de 1990, la propiedad se encontraba muy fragmentada. una hectárea a lo sumo, lo que dificultaba que una familia pudiera

mantenerse exclusivamente de la horticultura. De hecho, los jefes de familia horticultores desempeñaban alguna otra actividad económica, por lo regular como obreros, empleados o pequeños comerciantes en San Gaspar, Tonalá o Guadalajara. Los horticultores actuales son personas ancianas que tienen o han tenido otros ingresos, que las cultivan ocasionalmente y se basan sobre todo en el trabajo parcial de dos, a lo sumo tres miembros de una familia. Sus hijos e hijas prefieren los trabajos remunerados de manera regular y que sean menos arduos que el de las huertas.

En esas condiciones y ante la crisis de los años noventa, fue muy bien recibida la demanda de tierra generada por particulares básicamente,²² que compraron a precios reducidos huertas y parcelas de pequeña propiedad en el pueblo y sus alrededores en procesos plagados de ilegalidad y corrupción. Entre una cosa y otra, el pueblo comenzó a rodearse de colonias sin servicios y con casas levantadas mediante autoconstrucción que alojaron a familias anteriormente avecindadas en Guadalajara. En 2004 había nueve colonias en terrenos de San Gaspar, siete de las cuales aparecieron en el transcurso de la década de 1990: Arboledas de San Gaspar, primera sección; Arboledas de San Gaspar, segunda sección; Tulipanes; El Arenal; El Jazmín; Poder Popular; Barranquitas-Lomas del Zalate; San José-La Noria; La Perseverancia, de entre 45 y 700 casas edificadas por autoconstrucción, algunas sin servicio alguno, otras con servicios básicos que los vecinos han conseguido poco a poco.

El valor residencial comenzó a resultar más rentable, inmediato y seguro que el hortícola. Hay que decir que la venta de suelo, que ya se había desatado de manera imparable en otros ámbitos del municipio,²³ contribuyó a que en la década de 1990 los pequeños propietarios de San Gaspar estuvieran dispuestos a entrar a ese flamante negocio que, se sabía, generaba recursos monetarios inmediatos. Los vecinos de San Gaspar los utilizaron para mejorar consumos familiares, pagar deudas, reparar y construir casas; en menor

22. Heriberto Cruz Solís y María del Pilar Palomar Anguas. "La producción del espacio urbano de Tonalá, 1969-1995". Núñez, *op. cit.*, pp. 153-188.

23. Cfr. Cruz *et al.*, "La acelerada...", *Geocalli*, pp. 15-65, y Arana, *op. cit.*

medida, para iniciar o expandir algún negocio. Hubo incluso horticultores que transformaron sus huertas en espacios residenciales para sus descendientes. De cualquier manera, iba a resultar cada vez más difícil mantener la producción agrícola en huertas que fueron quedando rodeadas por casas y terrenos en venta.

Otro asunto es la contaminación. En San Gaspar se localizó, hasta los años ochenta, un vertedero de basura del ayuntamiento de Guadalajara y allí se encuentra todavía el vertedero de Coyula (Matatlán).²⁴ El mismo autor ha dado cuenta del proceso de formación del basurero de San Gaspar: “Las autoridades de los dos ayuntamientos (Guadalajara y Tonalá), con la participación del gobierno del Estado, acordaron utilizar el sitio para disponer de sus residuos sólidos municipales. El terreno de San Gaspar donde se localizó el basurero era propiedad de una comunidad ejidal”.²⁵ Al mismo tiempo que se autorizó el relleno sanitario en San Gaspar, se le entregó en comodato a la comunidad agraria un terreno de 187 m² para construir la Casa Ejidal.²⁶ Esos sitios de disposición de residuos del municipio de Guadalajara han producido basura y lixiviados sobre los cuales no existe control ni manejo alguno.

En San Gaspar, de acuerdo con el análisis de Bernache, “el riesgo de contacto de la población con los lixiviados contaminantes es una realidad”.²⁷ Coyula, según la misma fuente, “en el año 2000... habrá acumulado unos tres millones de toneladas de residuos”²⁸ y en general se advierte que la zona está saturada de lixiviados que forman charcos desde donde escurren y escapan, como arroyos o filtración, los líquidos provenientes de la basura.²⁹ La mayor parte de las huertas se riegan con agua de noria; el resto, con aguas grises y negras. Hay que decir que para los propietarios de huertas de San Gaspar la contaminación del agua no es un problema, a ellos les preocupa la abundancia o falta del líquido. En San Gaspar se localiza una fábrica de fertilizantes, Apelsa Guadalajara, cuya pestilencia es insoportable, sobre todo en las mañanas,

24. Gerardo Bernache. “La gestión del medio ambiente en Tonalá”. Núñez *op. cit.*, pp. 43-64.

25. *Ibid.*, p. 49.

26. *Cfr. ibid.* y Arana, *op. cit.*

27. *Ibid.*, p. 57

28. *Ibid.*, p. 58.

29. *Idem.*

sin que los reclamos de los vecinos hayan sido jamás atendidos. En verdad, San Gaspar es un buen ejemplo de desastre ambiental.

Y sin embargo, todo indica que ese espacio seguirá creciendo en los próximos años. Es más, en el periodo 1990-2000, la tasa de crecimiento medio de San Gaspar fue de 10.2. Aunque la oferta de lotes privados y ejidales ha disminuido, pero todavía existe, se observan muchos terrenos sin construir y la media de edad de los vecindados en las colonias es de menos de 30 años,³⁰ lo que permite suponer que se trata de familias en fase de formación y expansión que seguirán creciendo en los siguientes años. Hay que decir que a partir de 2005 se ha comenzado a promover un enorme complejo residencial –Lomas de Santiago– de 17 mil casas en terrenos que formaban parte del ejido de San Gaspar, entre el Periférico y el basurero de Matatlán.

30. Se trata de un cálculo aproximado, basado en encuestas a familias en diferentes colonias, pero que no tiene valor representativo.

No sólo eso. Otras tres comunidades muy cercanas a San Gaspar han registrado crecimientos demográficos impresionantes en el mismo periodo intercensal: Alamedas de Zalatlán, la más notable, con una tasa de 20.3, El Rosario, 11.4 y Coyula con 10.8 (ver cuadro 1, pág. 11).

En síntesis

De persistir así las cosas, las localidades más próximas a la frontera con Guadalajara serán las que seguirán creciendo en los próximos años hasta formar un impresionante *continuum* entre el oriente de Guadalajara-Tlaquepaque y el poniente del municipio de Tonalá, hasta la propia cabecera municipal.

De esa manera, seguramente en pocos años se consumará también la desaparición definitiva de lo que fueron, durante mucho tiempo, sistemas de especialización productivos eficientes aunque poco difundidos y reconocidos que contribuían, además, a la articulación socio-espacial y funcional entre la ciudad de Guadalajara y los pueblos de Tonalá justamente en la frontera entre ambos municipios. Con ello

desaparecerá también la historia y los saberes de ese espacio conformado por antiguas comunidades con tradiciones productivas y de mercadeo, con redes económicas y vínculos estrechos con las culturas gastronómica y ritual de la ciudad.

El ejemplo de Tonalá muestra que el poblamiento en ese municipio colindante con la ciudad de Guadalajara tendió a concentrarse, desde tiempos remotos —coloniales en este caso— en la frontera entre ambos, es decir, donde era factible establecer y desarrollar vínculos comerciales que articularan las potencialidades, saberes y prácticas del mundo rural-agrícola de las comunidades indígenas con las necesidades gastronómicas y rituales de productos manufactureros especializados de los habitantes de la ciudad. En ese sentido, en Tonalá no parece haberse dado un cambio drástico en el ordenamiento territorial y el poblamiento. Por el contrario, lo que se observa, desde la década de 1980, es un reforzamiento e intensificación del poblamiento en ese espacio histórico limítrofe entre ambos municipios.

De hecho, lo sucedido en Tonalá sugiere la posibilidad de pensar por lo menos en tres fenómenos socio-espaciales.

En primer lugar, podría ser que en muchos más casos de los que sabemos y aceptamos, la metropolización acelerada de las últimas dos décadas avanzó no sobre espacios vacíos, sino todo lo contrario: alcanzó y avasalló viejas poblaciones que habían aprendido a relacionarse y articularse de diferentes maneras con la ciudad. Es decir, que en las orillas de las grandes ciudades había menos espacios “vacíos” y más pueblos con historias y trayectorias de relaciones, articulaciones, redes con la ciudad que lo que suponemos. Desde luego, no ha sido el tema de este artículo, pero seguramente en Coyula, San Gaspar, Tonalá y Zalatlán al mismo tiempo que existe una compleja historia de adaptación y adecuación con la ciudad, ha persistido también una trayectoria de resistencia y lucha, como ha sido documentada en otros

contextos. La “vaciedad” ha sido quizá un buen argumento para desatar la mercantilización de los espacios rurales; pero habría que someterlo a la crítica y a la evidencia empírica.

En segundo lugar, y muy ligado a lo anterior, el ejemplo de Tonalá ilustra muy bien cómo la idea del vaciamiento contribuye a la desvalorización de los espacios. La instalación de basureros que sirven a la ciudad pero fuera de ella, es decir, que se asientan en las cercanías de poblaciones rurales, da cuenta de la manera en que desde la gran ciudad se percibe y actúa sobre el espacio rural: sin reconocer ni valorar las producciones y a los productores locales. Lo más grave es que los pobladores tradicionales han asumido, hasta ahora, la desvalorización de su espacio, de su tierra, de sus tradiciones, sistemas y prácticas productivas, lo que ha facilitado la aceptación de los proyectos asociados a la metropolización desde fuera: primero, la búsqueda de espacios para lo que la ciudad desecha (basurero, fábricas contaminantes) y, segundo, la conversión de ese espacio rural privilegiado para el quehacer hortícola, en suelo urbanizable donde ha sido fácil construir redes de corrupción, que más tarde nadie puede desatar para generar suelo para la población urbana más deprimida, la que no podía mantener los costos residenciales en la ciudad.

En tercer lugar, se puede decir que esa vieja, vigorosa y cambiante articulación entre la ciudad y las comunidades tonaltecas tenía que ver con la diversidad de las habilidades y producciones locales que eran las que, convertidas en productos variados, se movían hacia los mercados. O, más bien dicho, que la articulación no tenía que ver con el desplazamiento de la población en busca de trabajo o insumos. La ciudad era un mercado para productos, no para la mano de obra en busca de trabajo. Esto ha cambiado de manera drástica. La mayor parte de los vecinos que han llegado a poblar las colonias se articulan a la ciudad, en verdad al espacio metropolitano, a través del trabajo. Así las cosas, las colonias que han surgido en el oeste tonalteca se han

convertido en depósitos de mano de obra, más o menos barata, para el empleo que se ofrece o se autogenera no sólo en Guadalajara sino en diversos ámbitos de la zona metropolitana.

De tal manera, Tonalá ha dejado de ser un espacio donde existían y persistían dinámicas espaciales, productivas, laborales especializadas y específicas con las que se vinculaba a la ciudad para convertirse en un espacio subordinado a lógicas metropolitanas que han desvalorizado sus espacios y le han asignado, hasta ahora, un papel que no es agradable reconocer pero que alguien tiene que jugar: el de patio trasero de la gran ciudad.